

criptiva del poeta uruguayo, tanto en sus aciertos como en sus caídas:

«Un peñón circundado hasta la altura
De hojosas ramas, forma en sus entrañas
Una gruta de rara arquitectura:
No habitada de fieras alimañas,
Dulce reposo y dulce fresco ofrece
Con sus bellas alcobas cuanto extrañas.

Allí al ruido del céfiro que mece
Los circunstantes árboles sombríos,
Mi cuerpo poco á poco se adormece;
Y al fin vencidos los sentidos míos,
Fugaces sueños la adormida mente
Halagan en risueños desvarios.

Tal vez donde bullendo la corriente
Mansamente murmura, luego acudo;
Lugar do reina siempre un fresco ambiente:
Y á la sombra de un ceibo alto y copudo,¹
Que cerca de ella se halla, me recuesto
Sobre el césped suavísimo, menudo.

Un airecillo entonces en vuelo presto,
Triscando entre las hojas susurrante,
Baña en grato frescor aqueste puesto
En tanto que con voz dulcisonante
Modulan en mil quiebros y trinados,
Los pájaros su música brillante.

Callan luego los sonos acordados;
El aura apenas expira desmayada;
El susurro disípase por grados:

Natura toda en calma reposada,
En un hondo suspiro mudo y quieto
Yace lánguidamente sepultada.

Empapada mi alma en un completo
Estado de placer indefinible,
Vagamente se espacia sin objeto,

.....
Pues si de estos objetos se desvía
Y se encumbra á la parte de Occidente,
Goza encanto mayor la vista mía.

Del claro día el luminar fulgente
Tras los últimos montes escondido,
El horizonte tiñe en rojo ardiente,

Sobre el cual leves nubes de lucido
Oro bordadas, trazan mil informes
Figuras varias con pincel fingido.

Ves allí en confusión montes enormes,
Hondas cimas, peñascos erizados,
Descomunales masas disconformes.

Encima de aquel pico, al aire alzados
Los colosales miembros, un gigante
Semeja al genio, rey de los collados.

En aquella otra punta, que distante
Sale á un lado, un anciano venerable
Tiende su larga barba hacia adelante.

Á otra parte un castillo inexpugnable;
Á otra, miro soberbios torreones;
Á otra, ruinas de fábrica espantable.

Tan bellas, tan magnificas visiones,
Exaltando mi ardiente fantasía
La entregan á sublimes ilusiones;

Y en ellas abismada todavía
Está cuando su manto tenebroso
Tiende la noche pavorosa umbría.»

El malogrado joven D. Adolfo Berro (1), que sigue á Acuña de Figueroa en el orden cronológico de los ingenios del Uruguay, fué, más que un poeta propiamente dicho, la esperanza de un poeta. Muerto á los veintiún años, no se le puede pedir cuenta muy rigurosa de sus versos. Sus apuntes en prosa sobre educación popular, y sobre la emancipación y mejora intelectual de las gentes de color, empresa á que se consagró con el más generoso aliento, prueban que era ante todo un filántropo

(1) Nació en Montevideo el 19 de Agosto de 1819. Falleció en 29 de Septiembre de 1841. Había practicado la abogacía en el bufete del escritor don Florencio Varela, que dió á conocer sus primeros versos en *El Correo de la Plata*. La colección póstuma de todos ellos se publicó en Montevideo en 1842 con un discurso preliminar de D. Andrés Lamas. De Berro hablaron los hermanos Anumátegui en su *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*. (Santiago de Chile, 1861, págs. 329-333.)

cristiano. Algunas de sus poesías, *El Esclavo*, *El Mendigo*, *La Expósita*, *La Ramera*, están inspiradas por la misma tendencia: la forma es romántica, y revela la imitación de Espronceda, pero á la verdad muy poco afortunada. El estilo es endeble, vulgar é incoloro: las ideas simpáticas, pero triviales, y la versificación tan floja y desaliñada, que recuerda la del cubano Milanés, cuando en su segunda época trataba estos mismos asuntos. Las poesías no sociales de Berro resultan más agradables, aunque en extremo candorosas, y bastante incorrectas. De un episodio de *La Argentina*, de Barco Centenera, tomó asunto para uno de sus romances históricos, *Yandabuyu y Liropeya*.

Tuvo más estro lírico y más grandilocuencia Juan Carlos Gómez, aunque no fuese poeta de profesión, sino publicista y hombre político. Pero ni sus enfáticos alexandrinos *A la libertad*, atestados de lugares comunes y de ripio y cascote de la peor especie, ni sus versos de sentimiento romántico son tales que un colector de buen gusto deba recogerlos, si se exceptúa alguna composición breve como *El Cedro y la Palma*.

De D. Bartolomé Hidalgo, patriarca de la poesía *gauchesca*, ya se ha hablado incidentalmente al tratar de Buenos Aires.

Creemos inútil detenernos en otros poetas de menos nombradía y mérito, cuyos versos pueden leerse en las diversas colecciones especiales de poetas de la República oriental, publicadas hasta el presente (1). Pero es

(1) La más antigua y ya bastante rara es el *Parnaso oriental ó Guirnalda poética de la República Uruguaya*. (Montevideo, imp. de *La Libertad*, 1835.) Son tres volúmenes en que no todos los versos pertenecen á poetas uruguayos.

justo hacer mención honrosa del fecundísimo y benemérito escritor D. Alejandro Magariños Cervantes, que durante cierto período representó casi sólo la literatura de su país, y que por haber hecho vida literaria en Madrid y publicado aquí algunas de sus primeras obras, ha sido mucho más conocido que otros poetas americanos. Y no fué poeta tan sólo, sino también historiador, novelista, crítico y periodista, de todo lo cual dan testimonio sus apreciables y numerosas obras. Su genialidad poética tiene puntos de contacto con la del venezolano Heriberto García de Quevedo, aunque la musa de Magariños Cervantes fué menos emprendedora y temeraria, y no se aventuró tanto por los senderos de la poesía trascendental. Magariños era versificador muy afluente, cualidad que en algún modo le perjudica, haciéndole degenerar en verboso. Hay cierta insipidez en su estilo, y más riqueza aparente que real en sus obras. Las más extensas son leyendas románticas en variedad de metros, en las cuales se combina la imitación de Zorrilla con algunos rasgos descriptivos de naturaleza americana,

La más copiosa lleva el título de *Páginas Uruguayas*. Tomo 1. *Album de poesías coleccionadas con algunas breves notas, por Alejandro Magariños Cervantes*. (Montevideo, 1878.)

Figuran en esta compilación los siguientes poetas, que ya han fallecido: *Argüelles* (Fernando), *Arrascaeta* (Enrique), *Berro* (Adolfo), *Berro* (Bernardo), *Bermúdez* (coronel D. Pedro), *Carrillo* (Manuel M.), *Fajardo* (Carlos A.), *Fajardo* (Heraclio C.), *Ferreira y Artigas* (Dr. Fermín), *Figueroa* (Julio), *Gómez* (Dr. Juan Carlos), *Gordon* (Eduardo), *Hidalgo* (Bartolomé), *Lapuente* (Laurindo), *Magariños Cervantes* (D. Alejandro), *Otero* (Dr. Luis), *Rosende* (Petrona), *Varela* (Horacio), *Varela* (José Pedro), *Varela* (Juan Cruz: distinto del poeta argentino del mismo nombre y apellido), *Vázquez* (Dr. Juan Andrés).

En el libro titulado *Poetas de la América de habla española. Colección de poesías escogidas, por Enrique de Arrascaeta*. (Montevideo, 1881), están en mayoría los poetas uruguayos.

en que parece seguir el modelo de *La Cautiva*, de Echeverría; si bien creemos que Magariños Cervantes, portugués de origen, no fué tampoco ajeno á la influencia de algunos épicos brasileños, como el autor del *Caramurú* (fray Benito de Santa Rita Durão), el del *Uruguay* (José Basilio de Gama), y el más moderno cantor de *La Confederación de los Tamoyos* (Domingo Gonçalves Magalhaes).

Aleccionado por estos modelos (si bien el último de estos poemas publicado en 1857, es posterior á la leyenda *Celiar*, con que empezó á consolidarse la fama poética del Sr. Magariños), procura el poeta uruguayo poner color americano en sus obras é inspirarse en la vida y costumbres de las tribus indígenas, y si no puede decirse que consiga siempre poetizarlas, tiene, á lo menos, el mérito de haber abierto y mostrado esta senda al autor del *Tabaré*, que hoy la recorre con tanto aplauso, y que es el que verdaderamente ha naturalizado á los *charrúas* en el arte. Las novelas en prosa de Magariños Cervantes, especialmente la titulada *Caramurú*, tienen la misma tendencia y se componen de los mismos elementos que sus poemas, pero han alcanzado menos fama.

En sus rimas líricas, que son abundantísimas, y que para su fama importaría mucho que no lo fuesen tanto, Magariños, como todos los románticos de segundo orden, peca por exuberancia de palabras más que por exuberancia de imaginación: son versos que suenan bien, que se dejan leer con facilidad y aun con cierto agrado, pero que con la misma y aun con mayor facilidad se olvidan. Las ideas son generalmente nobles y simpáticas; pero hay tantas frases hechas, tantas imágenes marchitas, que no sé yo lo que de tan voluminosa colección de

versos podrá salvar la posteridad. Mas por riguroso que sea su fallo, siempre habrá de encomiarse el entusiasmo artístico de este autor, la pureza de sus motivos, la elevación de su sentido moral, su sincero y ferviente espiritualismo, la originalidad relativa de sus temas americanos, y el impulso que con el ejemplo de su laboriosidad infatigable dió á la naciente literatura de su país (1).

(1) Nació D. Alejandro Magariños Cervantes en Montevideo el 3 de Octubre de 1825. Comenzó allí sus estudios y los terminó en España, recibiendo el grado de doctor en Jurisprudencia. Ya antes de su partida para Europa había publicado gran número de composiciones sueltas, un *Ensayo de oratoria*, y dos cantos de un poema con el título de *Montevideo: Episodios de nuestra historia contemporánea*.

En España fué colaborador de *La Patria*, *El Orden*, *La Ilustración* (de Fernández de los Ríos), *La Semana*, y otros periódicos y revistas; publicó varias novelas: *La estrella del Sur*, *Caramurú*, *No hay mal que por bien no venga*, unos *Estudios histórico-políticos sobre el Río de la Plata*, una comedia (representada en 1850), *Percances matrimoniales*, y, finalmente, la leyenda *Celiar* (1852), con un prólogo muy laudatorio de Ventura de la Vega. En París sostuvo por más de dos años la *Revista Española de Ambos Mundos*. Vuelto á su patria, en 1855 dió á luz un opúsculo sobre *La Iglesia y el Estado*, y en 1858 inició la publicación de la *Biblioteca Americana*, curiosa colección que forma diez tomos, en que, juntamente con varias obras de Gutiérrez, Sastre, Florencio Varela y Cané, figuran dos nuevas colecciones poéticas de Magariños, *Horas de melancolía* y *Brisas del Plata* (1864). Durante algún tiempo pareció abandonar las letras por el foro y la magistratura, pero luego brotaron de su incansable pluma multitud de escritos de todo género. La colección definitiva y más extensa de sus versos, interpolada con largas notas, lleva por título *Palmas y Ombúes* (Montevideo, 1884-1888), dos gruesos volúmenes en 4.º El libro rotulado *Violetas y Ortigas* (Montevideo, 1850), es un centón de artículos, propios y ajenos, sobre diversas materias. No pretendemos aquí apurar el catálogo de sus obras impresas, ni mucho menos de las que dejó inéditas, tales como un drama sobre *Vasco Núñez de Balboa*, y una traducción de la *Guerra Catilina*, de Salustio.

Desempeñó, entre otros cargos, el de Rector de la Universidad de Montevideo.

Entre los poetas uruguayos de la última época, debe añadirse el nombre de Heraclio C. Fajardo, que, además del drama *Camila O'Gorman* y de va-

rios trabajos históricos, dejó una colección de versos líricos *Arenas del Uruguay*. Su composición de aparato, *América y Colón*, premiada en un certamen de 1858, vale tan poco como casi todas las que se han dedicado al mismo asunto, pero son agradables é ingeniosos los versos de álbum que tituló *El Colibri*.

Del coronel D. Pedro P. Bermúdez se cita un drama histórico, *El Charrúa*. Magariños Cervantes le elogia por «la exactitud de los rasgos antropológicos é históricos que en él campean».

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

ANTOLOGÍA

DE

POETAS HISPANO-AMERICANOS.